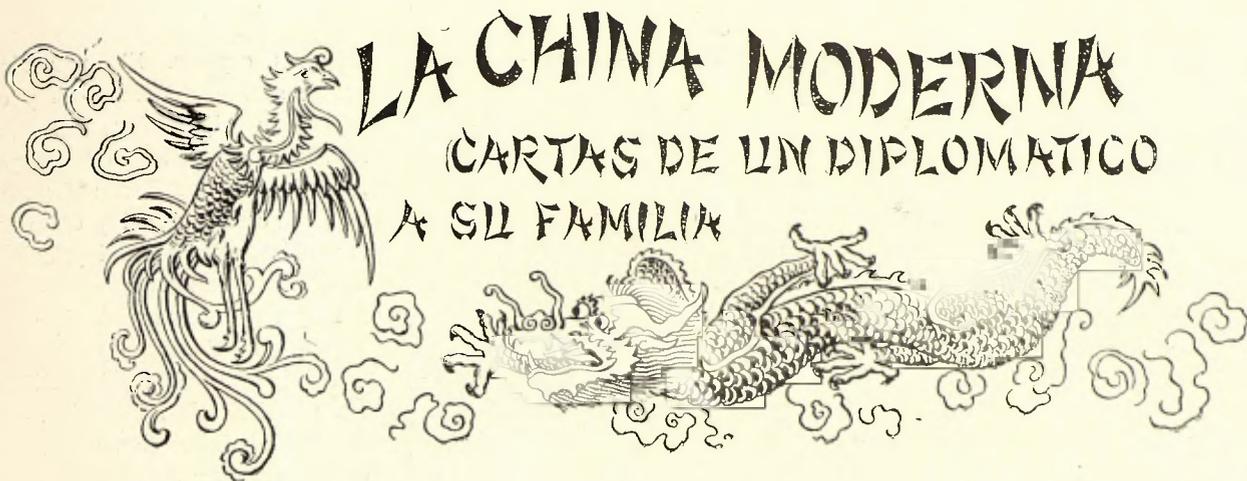


LA CHINA MODERNA

CARTAS DE UN DIPLOMATICO

A SU FAMILIA



CARTA PRIMERA

China para los sajones.— Un poco de geografía.— Organización política del Imperio.— El «Dalai-lama».— La ciudad de Pekin.— El palacio imperial.— Descripción de las calles.— El templo del Cielo y el de Confucio.— Quien fué Confucio.— Tipos chinos.— Chi-lou, el enamorado.

Pekin, Junio 20 de 1898

A LADY HARRISSON, EN LONDRES.

Mi cara, mi inolvidable Olga: Cuando en las tardes de primavera, en busca del sol y de oxígeno, te pasees por el parque de Battersea, leyendo á Tennyson, el poeta que tanto amas, no olvides al que, lejos del mundo civilizado, en esta maldita corte del Hijo del Cielo, oyendo el monótono sonido de las campanas de las pagodas, no tiene más consuelo que pensar en ti y recibir tus cartas en que me hablas de tus excursiones á Greenwich y de tus visitas al museo de South-Kensington, donde vas á admirar los célebres cartones de Rafael. En cambio, yo ¿de qué podré hablarte?... En el Tsong-li-yamen, (Consejo de Negocios extranjeros), que es el sitio que, por mi cargo, frecuento más, apenas hay nada que tenga interés para una escocesa que se sabe á Minton de memoria. Lo único de aquí que en cierto modo podría mover tu curiosidad, por lo originales y pintorescas, son las costumbres; pero ¡han sido tantas veces descritas!...

Á mi hermano Roberto, ese enamorado de la oratoria y que aspira á ser en nuestra Cámara de los Comunes el heredero de la gloria de Pitt, á ese le hablaré de otros asuntos. Decirle puedes que le preparo una epístola — más larga que el *London-dock*, — con datos que han de ser elocuentes para animarle á emprender la campaña sobre la necesidad y la urgencia de proteger con nuestra bandera este viejo imperio que se derrumba, bajo una administración corrompida y un despotismo atrabiliario. Á la raza anglo-sajona, es decir, á nosotros y al Norte-América, que tenemos aquí la mayor suma de intereses, corresponde llevar por la vía del progreso á esta desdichada nación. Los Estados Unidos, con respecto á la China, son una nación oriental. Y en cuanto á nosotros,

ya tenemos en Hong-kong un centinela avanzado que domina el uso del gran río de Canton por donde van á parar al mar todos los productos de la parte meridional del Imperio.

Mas ¿qué estoy escribiendo?... Temas son estos demasiados áridos para ti, que detestas, y acaso con razón, la política. Que tenga ó no la Gran Bretaña influencia en la China y que, tarde ó temprano, aquí dicte sus leyes nuestra venerable reina Victoria, son cosas que no te preocupan. Si yo no estuviese, por mi desgracia, aunque cumpliendo mis deberes, en este país, no estarías tu ahora renovando, como sin duda lo estás haciendo, los estudios históricos y geográficos que con tanto provecho hiciste, cuando eras niña, en el Real Colegio de Edimbourg.

Por eso, porque conozco tu ilustración, no pretendo darte una lección de geografía. Tú sabes muy bien que la China ocupa una cuarta parte del vasto continente asiático y que confina al Norte y al Oeste con Rusia, al Sur



Trozo de la Gran Muralla



Una calle en Pekin

con la India (es decir, con nosotros, los ingleses) y con Birmania y Annam, y al Este con el Mar Pacífico. Y sabes también que el Celeste Imperio tiene una población generalmente calculada en cuatrocientos millones de habitantes.

La China propiamente dicha es, en parte un país alpestre, y en parte llano, y á causa de la abundancia de agua, de la benignidad del clima, de la variedad de las regiones, uno de los países más favorecidos por la naturaleza. La porción montañosa está al Occidente, tiene su más alto punto en Tsin Ling y se reúne al S. con la región alpestre de Yunan. Al O. esta última se enlaza con las derivaciones del Himalaya, y la primera, por medio del Nancham, con el Kuen-lun, cuyas dos sierras se pueden considerar como el confin septentrional de la meseta tibetana. En la extremidad meridional del Nancham empieza la famosa Gran muralla, que ciñe todo el Norte de la China propiamente dicha á modo de baluarte contra las irrupciones de los bárbaros septentrionales, pero que hoy está en gran parte derruida.

El interior es poco conocido. Sólo se sabe que las montañas son numerosas y elevadísimas y que hay muchos lagos y muchos grandes ríos; de estos conocemos los principales, que van á parar al mar, á saber el Pei-ho (río de Pekin); el Hoang-ho, ó río Amarillo; el Kui-cha-kiang, ó río Azul, y el Si-kiang, que pasa por Canton. El Pei-ho, que es el que más conozco, es tortuoso, tranquilo y de muy poca profundidad.

Pero, en cambio, el Hoang-ho es uno de los mayores ríos del mundo. Tiene un curso de 4.500 kilómetros y alcanza en algunos sitios dos kilómetros de anchura. Le sigue en importancia el Ta-kiang, que es el mayor río de Asia y que recorre toda la inmensa distancia que media entre el desierto de Cobi, en la Mongolia, y el mar de la China. En su misma cuenca viven doscientos millones de hombres. Sin el Ta-kiang, no existiría el Celeste Imperio.

La China es una monarquía absoluta y hereditaria desde 1644, en la dinastía de los Mandchou ó Tsing. El emperador elige su sucesor entre los hijos de sus tres

primeras esposas. El emperador actual se llama Koaung-Su y es hijo del príncipe Ch'un, que es, á su vez, el séptimo hijo del emperador Tao-konang. Pertenecen además á la casa imperial y están reconocidos, unos seis mil príncipes de diversos grados.

Hay un ministerio de la Casa Imperial, un Consejo de Estado y otro de Negocios Extranjeros. Existen también seis ministerios, que son de Administración Civil, Hacienda, Cultos y Ceremonias, Guerra, Justicia y Trabajos Públicos. Pero estos centros son puramente decorativos, de lujo, porque en este país, según espero demostrarlo, no hay administración civil, ni hacienda, ni trabajos públicos,

ni justicia, ni ejército; lo que hay — eso sí — son cultos y ceremonias, y sobre todo, estas últimas: porque el chino es el animal ceremonioso por excelencia.

La China propiamente dicha se divide en 18 provincias, que forman ocho gobiernos generales y tres provincias generales, á cuyo frente hay ocho gobernadores generales ó virreyes, doce gobernadores dependientes y tres provinciales independientes. Después de estos dignatarios, los directores de impuestos provinciales y los jueces superiores provinciales, son las más altas autoridades. La administración militar de cada provincia está dirigida por un general chino; en algunas provincias lo está por un tártaro de un grado más elevado que el chino, pero investido de menor autoridad, puesto que sólo manda de 2.000 á 3.000 hombres manchúes. Los lusitanos, que, de las gentes de nuestra Europa, fueron los primeros que aquí llegaron, dieron á todos estos funcionarios el expresivo mote de mandarines, con que se les designa generalmente.

Fuera de la china propiamente dicha, dependen también del Hijo del Cielo la Mandchouria y el Tibet. La Mandchouria — dividida en Central y del Norte — de la cual, por cierto, van apoderándose poco á poco sus vecinos, los rusos, está gobernada por dos generales manchúes. El Tibet es casi autónomo, y en Lhasa, su capital, reside el *dalai lama*, especie de papa que ejerce el poder espiritual sobre más de cuatrocientos millones de hombres y que sostiene con el emperador de la China unas relaciones muy parecidas á las de León XIII con el rey de Italia.

Pekin — la cabeza del culebrón de la China — está á 27 metros sobre el nivel del mar, en una fértil y bien cultivada llanura, junto á un brazo del Pei-ho, que la divide en la «ciudad china» al S. y en la «ciudad tártara» al N., ambas rodeadas de muros de 9 metros de altura y separadas una de otra por tres puertas que se cierran de noche.

En el centro de la ciudad tártara está el Palacio del emperador — ciudad imperial — compuesto de muchos edificios, rodeados de un muro de 9 metros de espesor y contenidos en un espacio de 910 m. de largo y 720 de an-

chura. Componen la residencia imperial gran número de pabellones lujosamente decorados y rodeados de jardines y escaleras de mármol, hallándose el vestíbulo adornado con animales de bronce de formas extrañas, y vasos de gran valor. El trono imperial se encuentra en un pabellón pequeño, el cual tiene cubiertos los muros de inscripciones en letras doradas. Las techumbres del palacio imperial están pintadas de amarillo; las de los edificios de los mandarines y de las oficinas del gobierno comprendidas en el barrio imperial, de verde claro, y las de los templos, de azul oscuro. Los anchos espacios vacíos están empedrados de ladrillos, barnizados de varios colores.

La «ciudad china» es la Pekin de la clase media, con su población activa, compuesta de chinos, manchúes, mogoles, coreanos, japoneses, tibetanos, &., con sus fondas y tiendas, en cuyo tejado hay plantado un bosque de palos con banderolas á guisa de muestras. Junto á los muros de la ciudad china está la residencia de los embajadores de las potencias europeas (ya sabes donde tienes tu casa) y también las de la colonia rusa, así como las pocas iglesias cristianas y los establecimientos y hospitales europeos.

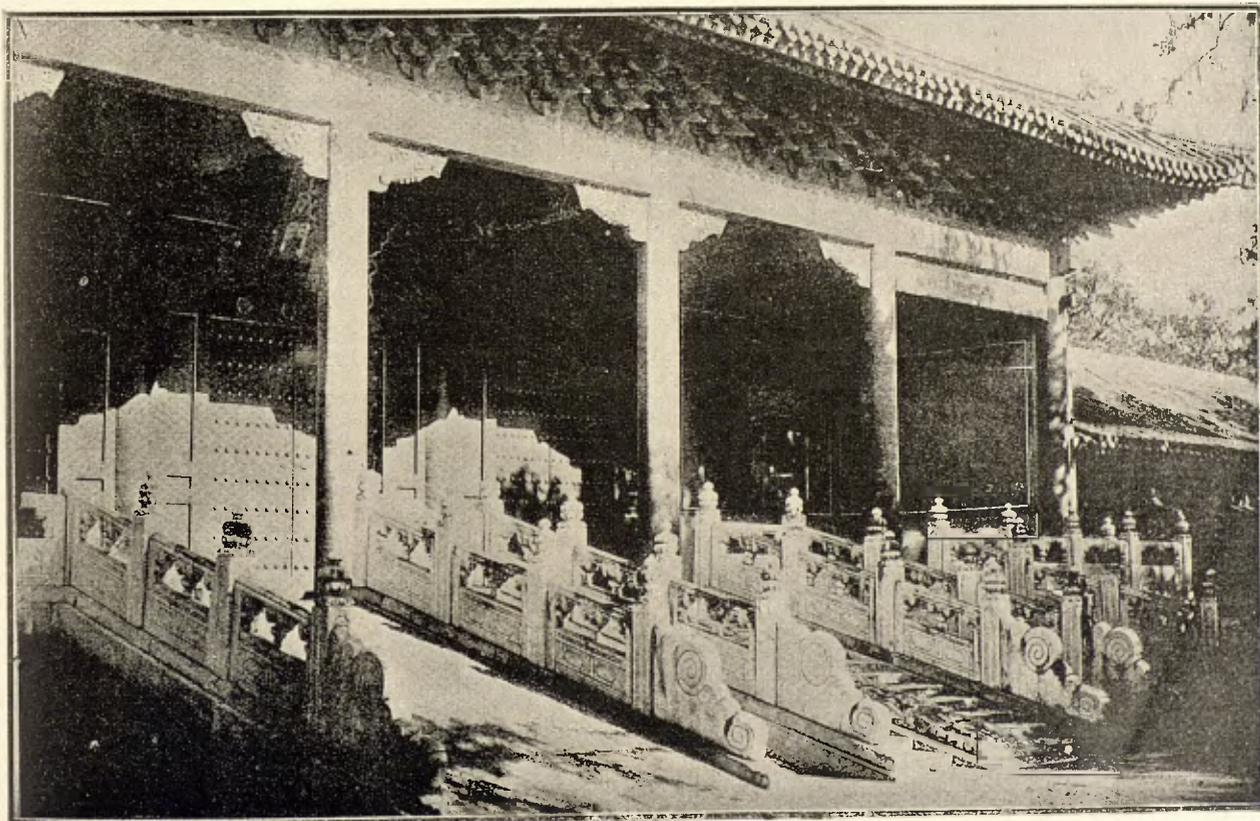
Las calles, anchas, están cortadas en ángulo recto, pero llenas de polvo y de basura; las casas son bajas, y las de los particulares, de pobre apariencia, al paso que las de las clases superiores están separadas de la calle por altas paredes de cerco y tienen grandes patios interiores. En toda la ciudad hay plantados árboles frondosos.

Tengo el gusto de enviarte, para *ilustrar el texto*, la fotografía de una de estas calles, que es á veces un verda-

dero kaleidoscopo de tipos. Muchos carros de transporte lo cruzan de un lado á otro. Los tenduchos se cuentan por centenares, y casi hay uno en cada casa; además, los vendedores ambulantes de inmensas variedades de artículos, llenan la calle pregonando de manera muy original los objetos que venden; unos llevan pequeños instrumentos musicales, desconocidos en Europa; otros imitan cantos de pájaros, y así por el estilo. Aquí un madroñero, que lleva ensartadas en rejas de caña, largas hileras de madroños; allá un vendedor de pájaros amaestrados; más allá un agorero que revuelve sobre su mesita, en plena calle, sus chirimbolos, y ejerce su industria, muy lucrativa por cierto...

Á veces, con paso magestuoso, atraviesa la calle un sacerdote budhista, un *bonzo*, que se dirige á alguno de los templos que tanto abundan en Pekin. Á más del templo famoso de la Campana — que te describiré en otra epístola — tenemos aquí los templos del Cielo, de la Tierra, del Sol, de la Luna, de la Agricultura, &. El templo del Cielo, rodeado de una muralla de 5 kilómetros de circuito, es un edificio soberbio de 30 m. de elevación, con tres pisos, sobre una plataforma de 9 metros, á la cual se sube por una grada de 27 escalones. Todos los años sacrifica el emperador en este templo doce bueyes, doce carneros &, y abre con el arado un surco en el *campo sagrado*.

Y ya que te hablo de estas cosas, te acompaño una fotografía que representa la entrada al templo de Confucio. ¿Verdad que es muy original? Mas no incurras ¡por Dios! en el error lamentable del famoso Almanaque de Gotha y de las ilustraciones francesas, que acabo de hojear en el Club y que hablan de *la religión* de Confucio, tratándole



Entrada al templo de Confucio



Tipos chinos

como á un Dios, ni más ni menos que á Budha. Y ¡qué estas cosas se escriban !... Confucio, — como su colega Lao-Tzen, que valía más que él — fué sencillamente un filósofo, un moralista, á quien los chinos erigen templos, no de otra suerte que nosotros levantamos estatuas y mausoleos á Nelsson ó á Newton ó á Shakespeare. Tan distante estaba el buen filósofo de querer fundar una religión, que nunca dió importancia alguna á los problemas religiosos, ni jamás se cansó de repetir que es más importante para el hombre cumplir su deberes para con sus padres y para con la sociedad, que entretenerse en adorar espíritus desconocidos. Más religioso fué Lao-Tzen, que, al menos, creía en un ser supremo, creador de todas las cosas.

El chino, que es un ser burlón por excelencia, se atiene á Confucio y se ríe de las religiones de los *bárbaros* y, sobre todo, de las nuestras. Y no deja de tener gracia que estas *caricaturas vivientes* se burlen de alguien... ¡Qué tipos !... Con su cabeza grande y casi cuadrada, la nariz chata, labios gruesos, el color amarillento, la barba escasa y los ojos oblicuos, el chino es la antítesis de la belleza plástica, tal como la entendemos nosotros. Y ¿ qué decir de las mujeres ? Con el rostro cubierto de capas superpuestas de blanquete y colorete, los labios pintados, las cejas lo mismo y con una raya de carmín entre ambas, suelen lucir, para mayor gala, en las sienes, unos parches de diferentes colores y tamaños en los que fijan cascabels ó perlas — según la riqueza de la dama — que constituyen un adorno de gran distinción y elegancia. ¿ Juzgas

posible, después de esto, que un europeo pueda enamorarse de una china ?

Lo que si es posible es... *lo contrario*; y en prueba de ello, aquí está Chi-lou, mi intérprete — tengo el honor de presentártelo — el chino más sin ventura de todo Pekin. Sin ventura le llamo, porque está enamorado como un bruto de Miss Ofelia, mi gentil ama de gobierno, á quien ya conoces. Con este motivo, lo que nos reimos del pobre Chi-lou, no es para contado...

Pero sí: te lo contaré; te prometo contártelo; y así, con la narración de esta historia, asaz divertida, daré alguna amenidad á mis cartas. Por el pronto, ésta acaba aquí, no sin ponerse á tus pies, enviandote sus afectos, tu esposo y amigo

JOHN HARRISSON

Traducción del inglés por A.

